

Por voluntad propia

Mathilde Forget

Traducido del francés por Alba Pagán

Para Sol y Marcia
Para Clémence

«“¡Como un perro!” , dijo; fue como si la vergüenza
debiera sobrevivirlo».

El proceso, Franz Kafka

Me he entregado a la policía yo misma. Intento quitarme la roña de las uñas, pero está difícil. Siempre queda algo. Necesito una hoja fina como la punta de mis tijeras de acero, las que están al lado del cepillo de dientes, en el lavabo de mi cuarto de baño. Tengo las uñas lo bastante largas para ensuciármelas, pero demasiado cortas para poder sacarme la tierra. Tendría que lavarme las manos. Quiero lavarme las manos. No, no es verdad. La idea no es mía. No estoy pensando que la suciedad sea un problema. Me distrae, eso es todo. Pero cuando he entrado en la oficina, uno de ellos se ha dirigido a mí.

Si quiere puede ir a asearse.

En ese momento le he dicho que no con educación. Luego no podía pensar más que en eso. Sin la fina hoja de mis tijeras, la roña solo va de una uña a otra. La que limpia acaba sucia. Nunca he usado un cortaúñas. Me inquieta que el trozo seccionado salga disparado a no se sabe dónde. Podría usar la esquina plastificada del carné de conducir que está en mi cartera, pero ya no la llevo en la chaqueta. Los

bolsillos están vacíos. Cuando observo la roña marrón claro bajo mis uñas, vuelvo a pensar en la frase.

Si quiere puede ir a asearse.

Y al asociar las dos, se ha vuelto una obsesión. El agua, el jabón y la espuma de su encuentro. Si me lo han propuesto es porque debía necesitarlo. Debo necesitarlo. Lo necesito. La verdad es que toda esta mierda en la punta de los dedos es asquerosa. Me la tengo que quitar. Levanto la cabeza y trago un poco de saliva para despertar las cuerdas vocales adormecidas y les pregunto si puedo ir a lavarme las manos. Sonríen y con calma me contestan que ahora no puede ser. Tendría que haber reaccionado antes y aceptar su propuesta. He sido lenta. Me arrepiento. Pero en lo que tarda mi cabeza en volver a inclinarse para mirar mis pies, dejo de pensar en eso. Se me pasan las ganas, quizá porque, para empezar, no venían de mí. No era *visceral*. En el fondo, seguramente me sentí sucia solo porque ellos lo presupusieron. Presuponen, luego existo.

Me he entregado a la policía yo misma. Ha acabado diciéndomelo Jeanne. A mí se me había olvidado. Pensaba que igual habían venido a buscarme a mi casa y me habían sacado por el cuello, esposada. Pero en realidad, esta mañana de domingo, sobre las ocho y media, he venido sola a la comisaría. Por voluntad propia.

Creo que necesita ir al baño.

Cuando me he puesto a limpiarme el anular derecho como he podido, me han vuelto a proponer que fuese al baño. Pero esta vez por otra razón. Con ese tono seguro de que tenía que ir urgentemente, como si fuese una niña incapaz de prever y evitar la catástrofe. He pensado que, a mi edad, sabría si necesito ir. No lo he visto venir y ni siquiera me han preguntado mi opinión. Jeanne me ha agarrado del brazo y me ha levantado de la silla. No ha tenido que insistir para que mi cuerpo la siguiese. Con su mano entre mi codo y mi axila, he sentido contra la piel el frío húmedo de mi sudor. No suelo sudar. No sé si la frase la ha pronunciado ella. No sé si era ella la que quería que fuese al baño. En todo caso ha sido ella la que ha actuado ante mi indecisión.

Creo que necesita ir al baño.

Desde que esto ha comenzado, no consigo distinguir sus voces. El tono me parece idéntico. No sé si lo hacen a propósito, pero hablan cuando no los miro. Y cuando levanto la cabeza para hacerlo, tienen la boca cerrada. No sé si están jugando a un juego o si mi cabeza ya solo sabe mirar hacia abajo y me impide sistemáticamente saber quién me habla. La vergüenza, la de entregarse, me obliga a mirarme los pies.

Nos acercamos al baño después de haber recorrido un pasillo largo. Jeanne me dice adónde ir y se queda fuera. La escucho detrás de la puerta. Me bajo el pantalón y me agarro al portarrollos de la pared para no apoyar las nalgas, porque

me da asco. En el váter, mi orina está teñida de rojo. Como si hubiese sangre. Meo un buen rato y sigo mirándome los zapatos. Me doy cuenta de que sí que tenía que ir al baño. ¿Cómo lo sabían? ¿Y qué más saben que yo todavía no sé?

PREGUNTA: ¿Qué fue lo primero que le declaró?

RESPUESTA: Me llamó a las 8:16 desde el móvil. Estaba llorando, muerta de miedo, me declaró que había hecho una tontería.

Bueno, vamos a empezar desde el principio.

Es domingo por la mañana. Octubre es especialmente cálido este año. Hace casi demasiado calor. Por la noche no apetece volver a casa. Se puede salir en manga corta, y las noches también son cálidas, así que hay quienes aprovechan para estirar el verano. Los pantalones cortos deshilachados son como prolongaciones de la acera. Y como no es común escucharlo en esta época del año, una acaba enterneciéndose con el ruido de un par de chanclas de goma. «Se reconoce la felicidad por el ruido que hace al marcharse», decía el poeta. Clap clap clap. Lo que nos molestaba en agosto, nos consuela en octubre. A pesar de la temperatura, llevo zapato cerrado, con los cordones bien apretados. Lo sé. Hace mucho que el pudor me abriga todo el año.

Bueno, vamos a empezar desde el principio.

El Comandante se levanta para abrir una de las dos ventanas y tira sin querer el paquete de tabaco que estaba en el alféizar. Inmóvil, mira hacia afuera. En silencio. Apenas oigo el

ruido de la calle. Estoy sorda del oído izquierdo. Y por eso a veces pierdo el equilibrio. Hace falta un oído de cada lado para calcular la horizontalidad de las cosas y mantenerse en posición vertical. Tengo que escuchar de perfil para oír lo que me dice el Comandante. Creo que tengo el tímpano izquierdo perforado. He tardado un poco en darme cuenta, pero ahora está integrado en mi cuerpo. Para oír mejor, giro la cabeza.

Bueno, vamos a empezar desde el principio.

El Comandante se mete una mano en el bolsillo, después la otra. Lentamente. Sin pensar, supongo. El reloj que lleva en la muñeca se le engancha con la tela de los chinos e, inevitablemente, sube un poco hasta el antebrazo. El metal muerde la carne. En ese momento, un poco de saliva despierta mi encía anestesiada, primero en la parte de atrás de la boca, donde están los molares, y después, siguiendo la redondeada mucosa rosa, hasta mis colmillos, donde se para. El sabor del ron todavía no se me ha ido de la lengua y mi nariz expulsa un aire caliente y turbio. Menos denso que el frío, el aire se escapa veloz hacia el techo para quedarse ahí, casi avergonzado de lo que su olor podría contar de la noche anterior. El Comandante debería subirse a su escritorio, levantar el mentón e inspirar con todas sus fuerzas para saber más.

Debe tener una hija de mi edad. Por eso se preocupa. No le gustaría verla en mi situación. Se pregunta cómo he podido

hacerlo. Y si le podría pasar a su niñita. Así es, lo primero que nos preguntamos es si lo que nos cuentan podría pasarnos a nosotros. El Comandante está seguro de que a él no le habría pasado nada de esto. Habría actuado de otra forma. No es estúpido. Entonces piensa en su hija. Tampoco es especialmente estúpida, no es eso, no es estúpida, pero él es responsable de ella, por eso lo piensa. ¿Le podría suceder una historia así a su niñita? Una historia que huele a ron de garrafón con cocacola en una botella de plástico. Por ahora, el Comandante todavía me echa veinte años, no aparento ni mi edad ni mi sexo. Las personas que no me conocen se equivocan. Y acaban disculpándose de manera exagerada. Parece ser que es lo peor que te pueden hacer, pensar que eres del sexo opuesto. Hace un tiempo, el camarero de la cafetería de un tren se dirigió a mí como si fuese una mujer, luego un hombre, luego una mujer, luego su mirada me rogó que le revelase por fin el sexo definitivo. Pedí un *croque-monsieur*. El Comandante no tardará en enterarse de que ya no soy una niña. Y eso le tranquilizará, pensará, *bueno, a su edad ya no se puede decir que sea culpa de los padres*. Y, como padre, le tranquilizará. Lo que me pasa no puede pasarle a su hija. La cuida lo suficiente.

El Comandante no ha visto ni oído el paquete de tabaco que ha aterrizado cerca de su pie. Justo al lado. Por el ruido que ha hecho cuando ha impactado en el suelo, diría que quedan unos quince cigarrillos. El Comandante sigue sin ver nada. Yo lo he visto caerse antes incluso de que la

caída tuviese lugar, de que el batiente de la ventana lo empujase al vacío. Iba a ocurrir. A menos que el Comandante hubiese tenido unas ganas súbitas de rascarse la oreja o la rodilla. Al interrumpir su gesto, el de abrir la ventana, su mirada, de nuevo en movimiento, seguramente habría visto el paquete en peligro. Lo mismo si un compañero hubiese llamado a la puerta. Si el teléfono hubiese sonado. Si una paloma lo hubiese sorprendido. Si el vecino de enfrente, equipado con unos prismáticos y observando la escena desde el principio, lo hubiese alertado. O si yo hubiese dicho algo.

Comandante, ¿cree usted que a veces es imposible impedir un acontecimiento antes incluso de que ocurra? ¿Cree usted que antes de cada acontecimiento existe una fracción de fracción de segundo durante la que todavía no ha pasado nada pero en la que ya es demasiado tarde? Miro el paquete rojo en el suelo. Imagino su gruesa suela chafándolo, el papel blando de los cigarrillos agrietándose y liberando el tabaco, los filtros aplanándose. Si el Comandante se gira un poco hacia la derecha para ir a su escritorio, lo aplastará. Seguro. Eso espero. Quiero que con todo su peso machaque cada uno de los pitis. Cielo, creo que la pregunta no es si es demasiado tarde, sino ¿para qué exactamente es demasiado tarde? Mientras no ha tenido lugar, un acontecimiento puede ser de cualquier naturaleza. Sus zapatos no se han movido ni un ápice. Todo es posible todavía. La naturaleza del acontecimiento ya la conozco, quince cigarrillos echados a perder, más o menos, un pequeño deseo de destrucción satisfecho. Abro los puños, que se habían cerrado.

En el pasillo, cuando he llegado a la comisaría, un agente de policía me ha hecho dos fotos. Me ha puesto delante de la pared y me ha bajado la capucha de la sudadera negra para que se me viese la cara. Lo ha hecho él mismo. Me ha agarrado del brazo y ha tirado de mí para alejarme un poco de la pared y que la capucha no se quedase atascada detrás de la nuca, para que pudiese deslizarse entre mi espalda y la pared. En la primera fotografía, tengo los ojos y los puños cerrados. Tranquila. Casi como un recién nacido.

Bueno, vamos a empezar desde el principio.

El Comandante cierra la ventana, gira sobre los talones, esquivando el paquete de tabaco, lo ve, lo recoge y se lo guarda en el bolsillo. Fin de la historia. Con la palma de la mano izquierda, recoloca el teclado frente a la pantalla y el plástico chirría. Pero no ocurre nada en el interior de mis dientes. Mis nervios no se crispan. Frunce las cejas cuando se relee y utiliza el cursor del ratón para acompañar la lectura. Entonces, me mira. Me he vuelto a poner la capucha de la sudadera. En el puño de mi manga izquierda, la tela se está deshaciendo y dibuja una especie de explosión, un fuego artificial, una fiesta nacional pegada a un dobladillo desgastado. Es una sudadera vieja que me compraron cuando iba al instituto. Mi cuerpo no abulta mucho más que en aquella época. Ayer, en el último momento, acabé decidiendo que saldría. En el último momento. Y elegí un atuendo para la ocasión. El atuendo de un sábado por la noche, como un par nuevo de calcetines blancos. No estaba segura de

ponerme ese blanco resplandeciente en los tobillos, pero Lola me acabó convenciendo. Lola tiene estilo, no se puede negar. Abro los puños. Todavía huelo el tabaco que fumamos anoche. Veo en mis dedos varias colillas apagadas al pie de un banco en un parque. El Comandante debería acercarse a olfatearme.

En la segunda fotografía que el agente de policía me ha hecho en el pasillo tengo los ojos abiertos. En la oficina del Comandante, el reloj rojo marca las nueve y dieciséis. Es domingo, día de descanso, o de resurrección. Quizá ambos. Uno detrás de otro. Como esas fotos en las que se ve primero mi rostro dormido, luego despierto, pero diferente. Entre las dos fotos, ¿he abierto los ojos porque me lo pidieron?

Bueno, bueno, bueno, bueno, bueno, vamos a...

Algunas personas definen el inicio de sus relatos antes de empezarlos de verdad y por el camino añaden detalles en cada esquina de una frase; crean así odiseas interminables. «Ya en aquel tiempo los que habían podido escapar de una muerte horrorosa estaban en sus hogares, salvos de los peligros de la guerra y del mar; y solamente Ulises, que tan gran necesidad sentía de restituirse a su patria y ver a su consorte, hallábase detenido en hueca gruta por Calipso, la ninfa veneranda, la divina entre las deidades, que anhelaba tomarlo por esposo». Así empieza la de Homero. En ese momento, pensando en Ulises, vi la mancha en mi pantalón.

Al constatar la espuma amarillenta del contorno, comprendí que ya había tenido tiempo de secarse. Me había meado encima. Y ese pantalón no era mío.